

siempre al parecer, pretendan deteneros en la marcha triunfal que debéis emprender para coronar esas aspiraciones.

Ah! quisiera que mi voz llegara a los hijos del pueblo que asisten a la escuela anexa y que no están aquí presentes, para que ellos fijaran en la memoria algo que tampoco debéis desdeñar vosotros, distinguidos jóvenes de este colegio: los señores del mundo en los últimos años no tuvieron las facilidades que tenéis vosotros para la educación y para iniciarse en las lides de la vida, sino que se sentaban en los bancos de la escuela pública; uno de ellos, Mr. Harding, actual presidente de la poderosa nación americana, principió a trabajar en modestísimos quehaceres de la imprenta de su pueblo nativo, y otro, primer ministro del Imperio Británico y árbitro por varios años de los destinos de Europa, se elevó a esa posición desde el taller de zapatería, y esta circunstancia constituye para él un título de que justamente se ufana. Tal es el poder de la voluntad.

POMPONIO GUZMAN.

CARTAS DE LIMA

IV

A bordo del «Ucayali», diciembre 30 de 1924.

Señor presbítero doctor don Jenaro Jiménez, Vicerrector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—Bogotá.

Mi estimadísimo amigo:

Aprovecho la calma completa del mar que en estos días ha justificado su nombre de Pacífico, para seguirle escribiendo estas cartas limeñas, que llegarán

antes que yo, pues pienso entrar al Valle del Cauca, y después detenerme en Cartagena.

Nadie ignora que Nueva España y el Perú fueron las hijas preferidas de la Madre Patria. Les regaló muchos de sus estadistas más capaces, de sus más doctos magistrados, de sus obispos más sabios y santos; y en el esplendor y ornato de México y Lima gastó parte del oro que de ellas recibía. Nadie extrañará, pues, que la ciudad de Pizarro aventaje a sus hermanas de Suramérica en monumentos anteriores a la Independencia; sin que esto sea motivo de orgullo para los limeños actuales, ni de humillación para los actuales habitantes de Buenosaires o Santiago. De aquí que un niño peruano que aún no haya ido a la escuela sepa tanto de historia patria, sólo con tener los ojos abiertos, como un muchacho de Bogotá o de Caracas que la haya estudiado en libro un año entero.

Contribuyen a este resultado dos circunstancias. Es la primera que en parte de la Sierra existe, sin mezcla de otras estirpes, la pura raza incaica que, ya quedó dicho, habla todavía el nativo idioma, conserva algunas de las costumbres anteriores a la conquista y guarda en la memoria los anales de sus antepasados. La otra circunstancia es el respeto que se profesa a lo antiguo, siempre que tenga algún valor histórico o artístico. Si un millonario, descendiente de familia aristocrática quiere una casa mayor y de estilo moderno, no toca el solar de sus abuelos, sino hace construir otra, de cemento armado o de ladrillos, en el Paseo de Colón o en la Avenida del Dos de Mayo. Cuando un palacio histórico, como ha sucedido con el de Pizarro, perece por terremoto o incendio, se reedifica igual al anterior y, si se desea ensancharlo, se procura que la parte nueva armonice en todo con la antigua. Así el

señor Leguía quiso un local en que pudieran bailar mil parejas; y en vez de añadirle al palacio un piso alto, convirtió uno de los patios interiores en salón, decorado con escenas de la Conquista y la Independencia. Y es de admirar la habilidad de los artistas en «fabricar antigüedades.» No entienda usted por lo dicho que en el Perú exista la ridícula manía de estimar y conservar lo viejo por el mero hecho de serlo. He visto cómo están demoliendo destartalados caserones y miserables viviendas, para reemplazarlos con elegantes edificios; y ya le indiqué cómo en el ensanche de la ciudad se procura seguir, aunque de lejos, las huellas de París o Nueva York.

Uno de mis deseos, al ir a Lima, era el de conocer la Universidad de San Marcos, cien años mayor que nuestro Colegio del Rosario, fundada también por un fraile dominicano y que fue en el Virreinato del Perú, como nuestra Alma Mater en el Nuevo Reino de Granada, cuna de la República, centro de donde irradiaron las ideas de libertad e independencia, al calor de las enseñanzas cristianas.

San Marcos no fue en sus principios una reunión de escuelas profesionales, sino más bien una persona moral, un instituto sabio, instalado en el convento de Santo Domingo y encargado de dirigir los estudios y conceder los grados académicos, por privilegio real y pontificio a los alumnos de los colegios mayores. Entre estos últimos, uno de los principales era el de la Compañía de Jesús que, cuando la expulsión en el siglo XVIII, tomó el nombre de Colegio de San Carlos y vino a ser y continúa siendo el asiento de la Universidad. Posee ella las facultades de letras y ciencias, teología, jurisprudencia civil y canónica, medicina, matemáticas e ingeniería. La de medicina tiene un mag-

nífico local separado, y la de teología se dicta en el Seminario de Santo Toribio.

El instituto estaba en vacaciones, pero el señor rector, José Matías Manzanilla, letrado, jurisconsulto y orador de nota, tuvo la bondad de servirme de guía en la visita al venerable edificio. Ocupa éste uno de los lados más extensos de una plaza larga y angosta y tiene anexa la iglesia de San Carlos, hoy Panteón Nacional, de que le hablé a usted en otra carta. Consta el edificio de cuatro grandes claustros, dos para la plaza y los otros hacia lo interior. La forma de estas fábricas es muy semejante a la de nuestro colegio. Delante de la fachada hay una torre solitaria de construcción relativamente reciente y de graciosa arquitectura en cuyo tramo superior hay un gran reloj de campana. Allí mismo se han erigido varias estatuas de bronce a algunos de los hijos ilustres de la Universidad.

El rector nos esperó a varios de los colombianos, acompañado de los señores decanos de las facultades; nos hizo pasar por el vestíbulo adornado con el busto de don Javier Prado, rector y benefactor insigne, y fue señalándonos todas las partes del augusto recinto. El retrato del fundador, fray Juan de San Martín, se halla en el descanso de la escalera, acompañado de varias antiguas inscripciones en placas de mármol y de bronce relativas a la fundación. Las imágenes de otros hijos ilustres se encuentran en los corredores altos. Las aulas tienen los asientos dispuestos en forma de anfiteatro. Vimos el modernísimo laboratorio para el estudio del derecho penal, un interesante museo prehistórico, la biblioteca, rica en obras modernas, porque los antiguos libros se perdieron en su mayor parte cuando el ejército chileno ocupó la ciudad. En departamento separado se hallan todos los aparatos que la mo-

derna higiene prescribe para la educación física de los jóvenes. Esta sección está dirigida por un especialista en la materia y vigilada por un médico que indica los ejercicios convenientes a cada joven según su edad y complexión. Quedó para lo último la visita al Aula Máxima que es la capilla primitiva del Colegio de San Carlos. Los muros en su parte inferior están pintados al fresco, y en la superior tienen las imágenes al óleo de los doctores de la Iglesia. Elegantes y amplias tribunas corridas dan espacio a un centenar de discípulos. En el fondo y en el sitio que ocupaba el altar se halla la cátedra rectoral bajo un lujoso dosel. El rector y los decanos me rogaron que, como un testimonio de aprecio y confraternidad al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, me sentara unos momentos en el sillón. Este homenaje a nuestro querido Rosario me conmovió profundamente. No fue el único que se le tributó, puesto que el Ateneo de Lima me recibió como miembro honorario suyo, en compañía de otros huéspedes del Perú, en una sesión solemne presidida por don Clemente Palma.

Aun para un sabio europeo que haya visitado todos los países del antiguo continente, será en Lima objeto de admiración y estudio el museo de antigüedades indígenas que lleva el nombre de Víctor Larco Herrera. Este patriota y opulento caballero, actualmente en viaje a países extranjeros, ha gastado la mejor parte de su vida y una porción considerable de sus caudales en formar aquella prodigiosa colección, que hoy es propiedad del Estado y se halla en un reciente y espléndido edificio incaico. Lo han presidido alternativamente los sabios arqueólogos don Julio Tello y don Horacio Urteaga. A varias decenas de miles alcanzan las preciosidades del museo. En ellas, y teniendo de bonda-

doso cicerone al doctor Tello, se aprende mejor la prehistoria del Perú, de los yungas a los incas, que en una biblioteca entera.

La mayor parte de los objetos son vasijas de loza, de todo tamaño y figura, adornados de pinturas, altos y bajos relieves, estatuas aisladas o grupos escultóricos, con una viveza y variedad de colores que regocijan la vista y suspenden el ánimo. Tales vasos no se fabricaron para los usos de la vida, sino únicamente para acompañar a los muertos en sus sepulturas o huacas. En esos vasos están representadas todas las facetas de la vida del hombre, desde la concepción hasta la última agonía; todas las pasiones humanas: la ira, el miedo, el desaliento, el gozo y el dolor, la risa y el llanto. Aparecen también en aquellas figurillas las enfermedades que afligían a aquellas razas primitivas. Antes de que me lo dijera el doctor Tello, advertí en el vientre abultado, las delgadas piernas, el demacrado rostro de una estatuilla los síntomas de la uncinariasis. Abunda la copia de muchas clases de ulceraciones y tumores, y hay muchos cojos, mancos, jorobados, tuertos y patizambos. Hállanse muchas imágenes de ciegos: éstos con las cuencas vacías, aquéllos con los párpados cerrados, otros con los ojos abiertos y la dolorosa expresión del que mira sin ver. Figuran también los tratamientos médicos y—no se ría usted—las altas intervenciones quirúrgicas. Algunas cabecitas están horadadas; y mi sabio guía me afirmó que eran retratos de personas que habían sufrido la operación del trépano. En seguida para quitarme toda duda me mostró varios cráneos naturales que justificaban su aserto; y para que no creyese yo que la trepanación se había verificado «post mortem,» me enseñó otras calaveras en estado de cicatrización.

También se hallan los vicios y crímenes que degradaban a aquellos pueblos, y los castigos que se imponían a los delincuentes. Es horrible el espectáculo de un hombre a quien le han amputado los labios. En el museo se conocen los vestidos, el rudimentario mueblaje y los adornos de aquellos primitivos pobladores. Me interesaron mucho varios costureros de las mujeres incaicas: petaquillas de mimbre con su tapa, llenas de agujas y alfileres de oro, dedales, cintas y madejas de hilo de varios colores.

Momias de hombres y mujeres, sentadas en sillas de madera y envueltas en increíble cantidad de ropas, parece como si estuvieran vigilando las riquezas del museo. Uno de aquellos centinelas me causó una impresión horrible con sus ojos cerrados, con su piel pegada a los huesos y lanzando una eterna carcajada que muestra una envidiable dentadura de marfil.

El otro museo que visité fue el Bolivariano, como dicen allá para distinguir lo que pertenece a Bolívar de lo correspondiente a la vecina república de Bolivia. Esta excursión me produjo las más hondas emociones, porque como ya lo he dicho otras veces, el Libertador es el mayor amor de mi alma después de Dios y de mis padres; y no digo después de mi patria, porque el afecto a Colombia y a su excelso fundador se confunden en mí en un solo sentimiento. En la carretera que conduce de Lima a uno de los balnearios de la costa, se encuentra un simpático pueblecito con una de las más lindas iglesias y que se llama «La Magdalena Vieja». Allí existía una casa grande, desmantelada, donde pasó el general Sanmartín los últimos días de su permanencia en el Perú y donde residió Bolívar mientras Sucre iba adelantando la campaña que terminó en Ayacucho.

El señor Leguía adquirió ese edificio para el Es-

tado; lo ensanchó conservándole su primitivo carácter, lo destinó a guardar las memorias del Padre de la Patria y lo puso acertadamente bajo la dirección del diligente historiógrafo señor Corbacho. Al penetrar en el salón de la casa primitiva, lo primero que salta a los ojos, es una gran placa de mármol blanco enmarcada en plata y donde se lee en letras de oro macizo el discurso del cura Choquehuanca. En aquella y en otras salas se encuentra una iconografía casi completa, en grandes cuadros al óleo, del Libertador Bolívar; su catre de campaña, muchos de los muebles y objetos que le pertenecieron, entre ellos una curiosa hamaca fabricada por los indios de la Sierra. En lujosos armarios de cristal, reposan multitud de documentos autógrafos sobre la campaña del Perú; entre ellos la capitulación de Ayacucho. Otros salones están destinados a Sanmartín, a Sucre y a los militares peruanos. Una vetusta higuera, bajo la cual se sentaba el Libertador, existía aún lozana en el patio de la antigua mansión. Conforme a los planos por allí debía pasar una de las elegantes galerías que circundan el edificio; y el arquitecto tuvo el buen gusto de cortar los corredores altos y bajos para dejar libre a la higuera centenaria.

Esta carta se ha prolongado más de lo justo. Espero escribirle la próxima desde el Valle del Cauca.

Suyo afectísimo,

R. M. CARRASQUILLA

V

Cali, 6 de enero de 1925

Señor presbítero doctor don Jenaro Jiménez—Bogotá

Mi fidelísimo amigo:

Voy a cumplir en esta carta la promesa de comunicarle mis impresiones sobre Lima, en el interesante aspecto religioso. Aquella capital se llamó, en la era de la colonia, Ciudad de los Reyes y hubiera podido apellidarse Ciudad de los Santos, porque ella fue teatro y testigo de las heroicas virtudes y es guardadora de las sagradas cenizas de santo Toribio de Mogrovejo, santa Rosa, san Francisco Solano y los beatos Martín de Porres y Juan Macías.

Al día siguiente de mi llegada, fui recibido en audiencia por el Ilustrísimo señor Arzobispo, doctor Emilio Lissón. Este prelado, joven todavía, pertenece a la congregación de los lazaristas, fundada por san Vicente de Paúl. Hizo sólidos estudios de letras humanas y divinas y de ciencias físicas y naturales, parte en su tierra natal, parte en el noviciado de París. Tres años después de su regreso al Perú, sus merecimientos le elevaron al obispado de Chachapoyas y, poco después a la sede arzobispal de Lima. Me acogió aquel día, y siguió tratándome en los siguientes con paternal benevolencia, que debidamente estimo y agradezco. Monseñor Lissón, es, ante todo, sacerdote, y creo tributarle con ello el más subido de los encomios. Modesto, piadoso, desprendido de las vanidades mundanas, consagra todas sus horas a la gloria de Dios, la defensa y propagación de la Iglesia y la santificación de las almas.

Conocí a los demás obispos concurrentes al centenario y, por respetables informes no pedidos, supe

que son varones consumados en ciencia y en virtudes. Cosa semejante puede decirse de los miembros del Venerable Capítulo Metropolitano, varios de los cuales están decorados con la prelación romana. De entre los obispos, tuve feliz ocasión de tratar de cerca a dos de ellos: los Ilustrísimos Carlos García Irigoyen y Pedro Pablo Drinot y Piérola, ambos descendientes de aristocráticas familias, y ambos brillantes en primera línea en el campo de las letras. El primero, obispo de Trujillo, es autor entre otras obras de una monumental historia de santo Toribio, muy bien escrita y ricamente documentada. El segundo, deán de la Catedral y rector de la incipiente Universidad Católica, es un incansable publicista religioso, en libros, folletos, diarios y revistas y es el alma de la acción católica social.

El clero del Perú se educa en el histórico Seminario de Santo Toribio. Por recomendación del señor Arzobispo, les hice a los alumnos mayores, en la capilla, una plática sobre la dignidad sacerdotal y algunos de los deberes que ella exige, y quedé edificado con el porte eclesiástico de los jóvenes levitas y la inteligente atención con que escucharon la palabra divina.

En las horas de la mañana empleaba yo el tiempo en visitar las iglesias y conventos; y estuve con los agustinos, que tienen un excelente colegio, los dominicanos y franciscanos, los mercedarios y los ministros de los enfermos, los jesuitas y salesianos. Con los discípulos de san Ignacio almorcé un día, y otro con los hijos de don Bosco; y es tal la unidad de espíritu que reina en estos institutos, que yo me sentía en el refectorio de San Bartolomé y del Carmen y buscaba con la vista al P. Fernández y al P. Jáuregui; al P. Basignana y al P. Bertola.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado se hallan

en el Perú bajo el régimen del patronato, el mismo que existió entre nosotros hasta mediados del siglo XIX, y que fue irremisiblemente proscrito por nuestros dos partidos políticos: el liberal, separando la Iglesia del Estado; el conservador, celebrando el actual concordato con la Santa Sede Apostólica.

La fachada de la iglesia de San Agustín es un verdadero prodigio. Apenas se concibe que aquella filigrana pudiera tejerse con hilos de seda o de metal, pero no en enormes bloques de granito. Ya le insinué a propósito de la Catedral, el primor de las sillerías de los coros, entre los cuales pude observar detenidamente el de san Francisco. Cada brazo, cada delantero, cada espaldar tiene una labor distinta y sobre cada silla hay una preciosa estatua de uno de los santos de la Orden. El claustro principal es de arquitectura mozárabe, y la parte baja de las paredes está cubierta de azulejos fabricados en el siglo XVI.

La mayor parte de los altares de Lima es de estilo plateresco o churrigueresco, y recuerdan nuestras iglesias de San Francisco y la Tercera, pero con una profusión y frondosidad que llegan casi a la locura. Alguno de aquellos altares tiene, en vez de columnas ángeles gigantescos que sostienen sobre la cabeza cestas de mimbre de donde salen vides, cuyos sarmientos cargados de hojas y racimos suben, bajan, cruzan, se entrelazan, invadiendo toda la pared y aun parte de la bóveda; y dentro de aquel follaje brotan ramilletes de azucenas y manojos de espigas, y por los intersticios que quedan asoman cabezas y alas de serafines.

Los menores franciscanos poseen, además del convento máximo, otro que me interesó sobremanera. Al norte de la ciudad y al pie de la desnuda colina de San Cristóbal, se halla el magnífico paseo de los Des-

calzos, construido por los virreyes del Perú y lugar favorito de recreo de oidores y encomenderos, linajudos caballeros y aristocráticas marquesas. Es un óvalo de ocho a diez cuabras de largo, orlado de árboles centenarios entrecruzados con marmóreas estatuas mitológicas. Entre las dos semi-elipses un jardín con varios abundantes surtidores. En el fondo se halla el convento o recoleta de los franciscanos, análogo por su fin a nuestro antiguo y querido San Diego. Pero el edificio limeño es mucho más sencillo, austero y pobre que lo era el bogotano. Delante del convento hay un poyo de ladrillos donde caben más de cincuenta personas. Allí acuden diariamente los pobres de la ciudad, y los frailes les sirven una abundante comida. Si entre los concurrentes advierten alguna persona de educación esmerada, lo introducen a un refectorio especial y lo sientan a la mesa.

Algunas de mis excursiones las hice acompañado del R. P. franciscano, Jesús Castro, amigo mío de tiempo atrás por correspondencia epistolar, conocedor y admirador ferviente de la literatura colombiana, miembro del Instituto Histórico y del Congreso Científico Panamericano.

Santa Rosa es la gloria más excelsa y más pura de la nación peruana; es la patrona de América; la única persona canonizada en el Nuevo Mundo que figure en el cuerpo del Misal y del Breviario romanos, de quien se rece oficio y se diga misa en toda la redondez del orbe católico. ¡Y santa Rosa no posee en Lima un gran templo que glorifique su nombre y guarde sus reliquias venerandas! Tuve el atrevimiento de hacerles esta observación al señor Presidente de la República y al señor Arzobispo, y el gusto de saber que tienen proyectada la edificación de una basílica dedi-

cada a la Santa, y el propósito de invitar a todas las Repúblicas de América para que cada una se encargue de construir una de las capillas laterales. ¡Quiera Dios que tan noble propósito se realice pronta y eficazmente!

En un bello altar de la iglesia de Santo Domingo y dentro de una preciosa urna de plata cincelada reposan las reliquias de santa Rosa. Pero no es allí donde se siente su presencia, sino en otro sitio distante, apellidado con razón «El Santuario.» Es una parte de la casa paterna y el huerto donde la virgen limeña pasó su vida entera embalsamándolo con el aroma de su pureza angelical, su penitencia espantable, su ardiente caridad para con el prójimo. Aquella joya se halla al cuidado de una comunidad de misioneros dominicanos españoles, que la atienden con religioso esmero. Uno de ellos, obispo de las misiones entre infieles, el Ilustrísimo señor Sarazola, tuvo la bondad de servirme de guía en mi primera visita. Se entra de la calle directamente a un pequeño locutorio y de allí se pasa al huerto sembrado de rosales, cercado de altas paredes y que tendrá unos cuarenta metros de largo por unos treinta de ancho. A la derecha se halla el aposento donde nació la Santa, que tiene una ventana a cuya luz hacía labor cuando niña. En las paredes hay un retrato al óleo, tomado del natural y que la representa en el lecho mortuario; una carta autógrafa, en clara y hermosa letra española, para dar las gracias a una dama limeña por una abundante limosna enviada a los pobres; un clavo enorme de donde se colgaba de los cabellos para no dormirse en la oración.

Al lado existe la alcobita donde ella dormía antes de comenzar la vida de penitencia: una silla de vaqueta, la cruz que se echaba a cuestras para hacer la

viacrucis, la Guía de Pecadores de fray Luis y una estatua pequeña de la Inmaculada. En el costado izquierdo del huerto está la enfermería, sala grande donde santa Rosa recibía a los dolientes que iban en busca de alivio y de consuelo. Cerca a la entrada del huerto se halla el pozo profundo donde arrojó las llaves de los candados con que se cerró los cilicios; y en el fondo, a la izquierda está la ermita de adobes que ella levantó con sus manos y que es un recinto de vara y media por lado donde no puede estarse sino de pie o de rodillas, y con una puertecilla de una vara de alto. Allí moró la santa la mayor parte de su existencia.

Anexa al huerto, y probablemente cuando la canoización, se construyó una capillita que guarda el crucifijo de tamaño natural que le habló a santa Rosa, una linda imagen de Nuestra Señora en actitud de amantarse al Niño Dios; parte de los cilicios; la corona de espinas, que es una faja de plata maleable de tres dedos de ancha erizada por dentro de agudas puntas de acero; un rizo del cabello, el anillo de oro que ella mandó hacer cuando sus místicos desposorios, con el Salvador del mundo; y un Niño Jesús, de bulto, que conservaba en la enfermería, y a quien apellidaba «el Doctorcito.» El silencio, la paz, de aquel santuario, viniendo uno del vividor estrépito de la enfiestada capital, producen en el alma una dicha inefable, que me hizo pensar en el tránsito del pobre Lázaro, del portal del rico avariento a las dulzuras del seno de Abraham.

No terminaré sin contarle que, el día de Navidad asistí a una sesión solemne de los Caballeros del Sagrado Corazón de Jesús, presididos por el fervoroso católico don J. M. Sarmiento. Asistieron el Ilustrísimo señor Arzobispo y otros de los prelados, varios sacerdotes y numeroso concurso de damas y caballeros.

Tuve el gusto de oír la genuina elocuencia de D. Carlos Arenas Loaiza, y de recibir la honrosa comisión de llevar a Bogotá un mensaje de confraternidad a los jóvenes católicos colombianos.

Adiós, mi querido doctor. Después de que lo abraze en Bogotá, le daré de palabra más detalles si usted desea conocerlos.

Suyo de corazón,

R. M. CARRASQUILLA

UN ANCIANO JESUITA AL RECTOR DEL COLEGIO DEL ROSARIO

El autor de la bella poesía latina que a continuación insertamos, para solaz de los lectores familiarizados con el idioma de Virgilio, es un jesuita bogotano, desterrado, en 1861, de su ciudad natal, a la cual no le ha sido dado retornar. Aunque octogenario, conserva toda la frescura intelectual de la juventud. Al paso de Monseñor Carrasquilla por Panamá, en una comida con que lo obsequiaron los padres de la Compañía de Jesús, el santo y venerable anciano le habló así:

Dilectissimo et Rev. Patri Doctori
salus.

Eloquar an sileam? Sileam: est filis lyra ruptis,
Me et musae, parnasi culmen subire recusant.
Eloquar an sileam? Eloquar, o doctissime Rector.
E somno lyra vivida Te veniente resurgit,
Musae et laetantes me heliconica culmina ducunt;
Et versum Tibi gratum inspirare promittunt.
Quam felix lucidusque dies quo veneris Isthmum;